

LA ESPIRITUALIDAD CRISTIANA ANTE EL NUEVO MILENIO

ÓSCAR ANDRÉS RODRÍGUEZ MARADIAGA

Me corresponde la difícil pero gratísima tarea de exponer la conferencia de clausura del xxiv Simposio Internacional de Teología, honor que agradezco a la Universidad de Navarra y en especial al Sr. Presidente del Simposio, el Prof. Dr. Josep-Ignasi Saranyana.

El tema, de indudable actualidad, ha sido enfocado desde diversos ángulos que nos han enriquecido a todos. El trayecto histórico de la santidad cristiana nos ha revelado caminos florecientes que motivan una pedagogía de la santidad, y que nos han hecho asomarnos también a la riqueza espiritual del Oriente Cristiano, de la Comunión Anglicana y de la Reforma.

Trataré de trazar algunas líneas de la espiritualidad cristiana ante el nuevo milenio.

I. INTRODUCCIÓN

No hay más que una espiritualidad cristiana, la de realizar en la propia vida el don recibido por medio del Bautismo. Ello nos va dando una progresiva transformación en Cristo por medio de la acción santificadora del Espíritu Santo.

No hay más que una vocación definitiva: la de ser santos. En efecto, nos recuerda la Carta a los Efesios: «El nos eligió antes de la fundamentación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor» (Ef 4, 1).

La voluntad de Dios es que seamos santos. Dios nos llamó a la santidad (cfr. 1 Tes 4, 3-7). «Así como Aquel que los llamó es santo, también Ustedes sean santos en toda su conducta», nos recuerda San Pedro en la Primera Carta (1 Pe 1, 15).

La espiritualidad cristiana arranca del Bautismo, supone el ahondar cada día la Gracia de la adopción filial y desemboca en la perfecta similitud con Cristo en la gloria.

Pero es fundamentalmente la acción del Espíritu Santo que va grabando en nosotros la imagen de Cristo «Primogénito entre muchos hermanos» (Rom 8, 29).

La santidad es más tarea de Dios que del esfuerzo del ser humano. Dios es el que produce en nosotros el «querer y el hacer para cumplir su deseo de amor» (cfr. Flp 2, 13).

Realizar la santidad, tender a la perfección por los caminos de la espiritualidad del Evangelio, es vivir en la sencillez de lo cotidiano, la Fe, la Esperanza y la Caridad. Aquí encontramos el núcleo de todo. En definitiva los santos son los que han manifestado su «Fe en sus obras, su Amor con fatigas y trabajos por el Reino, y su Esperanza en Nuestro Señor Jesucristo con una firme constancia» (cfr. 1 Tes 1, 3).

A los cristianos se nos pide fidelidad al Evangelio, es decir que vivamos a fondo el espíritu de las Bienaventuranzas (Mt 5, 3ss.). Que amemos a Dios con todo el corazón y al prójimo como a nosotros mismos (Mt 22, 34ss.); que estemos siempre alegres y oremos sin interrupción (1 Tes 5, 16-17). Ser verdaderamente pobre, amar la cruz y saborear el silencio de la oración es válido para toda persona.

II. PROBLEMAS ACTUALES

Sin embargo en la práctica nos encontramos con que la palabra espiritualidad no suena muy bien para algunas personas.

Piensan que tiene sabor a un dualismo ya pasado de moda, por lo menos en teoría. Y en cierto sentido con alguna razón, puesto que a lo largo de la Historia ha motivado falsos comportamientos, como el desprecio por el cuerpo y sus manifestaciones, el descuido por el compromiso en las realidades temporales, etc.

Hoy día se añade el secularismo que trata de borrar completamente la dimensión trascendente de la vida y se refleja en la llamada «nueva Era» como una espiritualidad alternativa a las religiones tradicionales¹.

Si se entiende por espiritual lo opuesto a lo material o lo corporal, sin duda que hay que desterrar la palabra, y sobre todo esa realidad de nuestro uso.

Especialmente una lectura de San Pablo, hecha sin los debidos conocimientos exegéticos, le dio a algunas de sus expresiones un con-

1. Cfr. JUAN PABLO II, *Jesucristo, portador del agua de la vida. Una reflexión cristiana sobre la «Nueva Era»*, Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 2003.

tenido ajeno a su intención. En efecto, «espíritu» y «carne» en los escritos paulinos, no tienen nada que ver con el dualismo espíritu-materia de la cultura griega, que identificaba a uno con el bien y a otra con el mal.

Ahora, gracias a una antropología cristiana más sólida y basada en un mejor conocimiento del ser humano y su psicología, entendemos mejor la espiritualidad desde las *relaciones* de la persona. Todo ser humano que empieza a vivir, va descubriendo poco a poco un triple sentido de relaciones: lo que está encima de él, lo que está a su alrededor, y lo que está dentro de él.

A través de la dimensión vertical, el ser humano empieza a relacionarse con lo que está sobre él: papá, mamá, maestros, superiores. En una palabra, la *autoridad*. Así reconoce los valores encarnados especialmente en la figura del padre: la obediencia, la docilidad, la dependencia, el orden. Si acepta vivir en esta dimensión, el ser humano aprende a ser hijo. Si la rechaza radicalmente permanece adolescente en una rebeldía estéril contra el padre y termina en una contestación confusa y anárquica.

A través de la dimensión horizontal, el ser humano empieza a relacionarse con lo que está al lado, a su alrededor: hermanos, hermanas, amigos, amigas, compañeros, etc., en una palabra, sus semejantes. Los valores esenciales que aquí encontramos son la fraternidad y la igualdad. La persona que integra esta dimensión horizontal aprende a ser hermano. Si la rechaza permanece infantil, egoísta y caprichoso, encerrado en su propio mundo pequeño y preocupado exclusivamente de su propio bienestar (aún espiritual), extraño a las exigencias del mundo que lo rodean, e insensible ante los problemas de la justicia.

Finalmente a través de la dimensión interior, el ser humano entra en relación, en sintonía, con lo que está dentro de él, con su ser en profundidad. Es el mundo del alma, del espíritu, de la intuición, de la creatividad. La persona descubre los valores de la interioridad, del silencio, de la reflexión, de la libertad y de la contemplación. Logra llegar a sus propias fuentes subterráneas, a sus propias raíces y se convierte en una persona espiritual. Entendámonos bien, una persona espiritual no es una criatura que vive en las nubes, desencarnada. Es simplemente una persona profunda. La persona que se priva de esta dimensión interior se condena a la superficialidad, a la vanidad, a la agitación exterior y permanece en la superficie de todo.

Por consiguiente, la persona que ha alcanzado un cierto grado de madurez debe vivir en relaciones de equilibrio con lo que está sobre de ella alrededor y dentro de ella. Estas tres dimensiones se aceptan y

se desarrollan contemporáneamente. El que vive una sola dimensión, eliminando o minimizando las otras, se vuelve una persona unidimensional.

Así por ejemplo, el que solamente trata de ser «hijo» asume a menudo actitudes conservadoras, preocupado exclusivamente del orden o desorden constituido. No le interesa ninguna lucha por la justicia. No ama la novedad y no sabe mirar hacia delante.

El que solamente trata de ser «hermano» será un contestatario constante de los valores de la disciplina, el sacrificio, la autoridad y además todos los valores del espíritu, como la oración, la adoración y el silencio. Y el que se limita a ser «espiritual» considerará el propio mundo interior como una evasión cómoda del compromiso concreto por la transformación del mundo. En una palabra será un ensimismado.

Uno de los problemas del mundo de hoy es que se tratan de vivir estas dimensiones como rivalidades y oposición en lugar de hacerlas convivir para que se armonicen y se complementen mutuamente.

En estas reflexiones vamos a entender la espiritualidad como la vida en *profundidad*. Existe en efecto una manera de vivir en la superficie de la vida, y a ella nos arrastran con frecuencia nuestras actitudes espontáneas. No penetramos en lo hondo de lo que pasa en nosotros y alrededor de nosotros. Vivimos como fascinados por la apariencia de las cosas.

Organizamos nuestros juicios, nuestras opciones y nuestras actividades en base a esas apariencias. Y así, nuestra vida resulta superficial, inconsistente. Se nos escapa entre las manos. El Evangelio por el contrario es una llamada a la profundidad, a atravesar la corteza de la realidad para organizar la vida desde lo hondo.

San Pablo en la I Carta a los Corintios nos dice: «¿Qué hombre conoce lo íntimo del hombre sino el espíritu del hombre que está en él?» (I Cor 2, 11) y por el paralelismo que establece a continuación con el espíritu de Dios, deja entrever que ese espíritu sondeado es lo más profundo del ser humano y de la realidad entera.

Por lo mismo el Evangelio es una urgencia a la profundidad, porque es un llamado a la vida en lo más real y profundo que existe, lo definitivamente verdadero. Hay que advertir de inmediato, sin embargo, que por «profundidad» no entendemos solo el ámbito de lo personal, de la intimidad subjetiva, como lo entienden las filosofías existencialistas, sino todo lo que constituye la auténtica realidad. Incluso, el más hondo movimiento de la historia; es decir, lo que realmente sucede en lo profundo de los acontecimientos.

III. DINAMISMO TRINITARIO²

Y aquí volvemos a la reflexión anterior. El creyente no se encuentra con un Dios «unidimensional». Lo encuentra a través de la Revelación en sus tres dimensiones fundamentales: Abriendo el Evangelio el cristiano se encuentra con un Dios que está «por encima de él». Es el Padre. El Padre nuestro. Un padre tierno y misericordioso, respetuoso de la libertad de sus propios hijos. Siempre dispuesto a recibir al hijo pródigo. Siempre dispuesto a perdonar.

Pero encuentra también a un Dios que, en Jesucristo ha asumido un rostro humano, fraterno, un Emmanuel, Dios con nosotros, un Dios que está alrededor de nosotros. Un Dios que es nuestro hermano.

Y finalmente encuentra también un Dios Espíritu Santo que se encuentra en la dimensión interior, en la profundidad de nuestro ser. Dios está dentro de nosotros. Como decía San Agustín «Dios es para mí más íntimo de lo que yo soy para mí mismo»³. Por consiguiente Dios es nuestro Padre, nuestro Hermano y nuestro Espíritu, y de este misterio de la Santísima Trinidad arranca la espiritualidad cristiana.

Estoy convencido de que una espiritualidad que quiera responder a la llamada del Santo Padre Juan Pablo II a «remar mar adentro» debe de tener en primer lugar los ojos bien abiertos ante la vida, para contemplar a Dios creador en medio de nuestra historia tan llena de conflictos, debe recurrir siempre a la luz que ofrece la palabra de Dios para discernir sus caminos, y nos debe lanzar a la construcción de la comunidad cristiana en todos sus niveles.

La espiritualidad lejos de ser simplemente un problema debe convertirse en un motor y un impulso eficaz, en una dinámica vital que nos pone en sintonía con Dios y nos hace actuar según el Espíritu Santo.

En otras palabras un estilo de vida que se puede ver y comprobar en actos muy concretos.

1. *La primera dimensión*

La primera dimensión de una espiritualidad que quiera responder a los desafíos del tiempo presente es mirar la vida con los ojos del Padre.

2. Hermann RODRÍGUEZ OSORIO, *Dimensiones de una espiritualidad trinitaria que responde al mundo de hoy*, en «Revista Medellín», 112 (Bogotá 2002).

3. A. PRONZATO, *Il Pane della Domenica*, Gribaudi, Torino 1982, p. 92.

Allí nos encontramos con lo que Dios quiere de nosotros; allí podemos descubrir lo que Dios está tratando de construir. Se trata de percibir la música de Dios, para cantar a su ritmo, para dejarnos invadir por su fuerza.

Vamos por la vida buscando a Dios, buscando su voluntad; pero vamos tan ocupados en buscar que no somos capaces de mirar y de reconocer lo que es evidente a nuestros ojos: su presencia amorosa, su voluntad, su palabra. Tenemos que liberar nuestra mirada que está cautiva en medio de tantas impresiones que nos ciegan. Tenemos que aprender a estar tranquilos, abrir bien los ojos, mirar. Mirar nuestra vida, en todas sus dimensiones y en todos los niveles de nuestras relaciones.

No se trata, pues, de difíciles jeroglíficos y adivinanzas; es sencilla; pero a veces las cosas son tan sencillas, que no las vemos; son tan simples, y tan cotidianas, que no les prestamos atención; por eso es fundamental tener ojos limpios y mirar sin miedo la realidad; ya decía Jesús:

«Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; y quién es el Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar». Volviéndose a los discípulos, les dijo aparte: «¡Dichosos los ojos que ven lo que veis! Porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron, y oír lo que vosotros oís, pero no lo oyeron» (Lc 10, 21-22).

Jesús mira la vida; una lista de las cosas de las que habla Jesús en el Evangelio, nos puede dar una pista de lo que hay que mirar en nuestra vida; Jesús aprendió lo que aprendió sobre el Reino de Dios, mirando su vida y la vida de su pueblo; sólo tomando el Evangelio de Mateo, podemos llegar a una lista como la siguiente; Jesús habla de: pan, sal, luz, lámparas, cajones, polillas, ladrones, aves, graneros, flores, hierba, paja, vigas, troncos, perros, perlas, cerdos, piedras, culebras, pescados, puertas, caminos, ovejas, uvas, espinos, higos, cardos, fuego, casas, rocas, arena, lluvia, ríos, vientos, zorras, madrigueras, aves, nidos, médicos, enfermos, bodas, vestidos, telas, remiendos, vino, cuero, odres, cosechas, trabajadores, oro, plata, cobre, bolsa, ropa, sandalias, bastones, polvo, pies, lobos, serpientes, palomas, azoteas, pajarillos, monedas, cabellos, árboles, frutos, víboras, sembrador, semilla, sol, raíz, granos, oídos, cizaña, trigo, granero, mostaza, huerto, plantas, ramas, levadura, harina, masa, tesoros, comerciantes, redes, mar, playas, canastas, hornos, boca, planta, raíz, ciegos, hoyos, vientre, cielo; niños, piedra de molino, mano, pie, manco, cojos, re-

yes, funcionarios, esclavos, cárceles, camellos, agujas, viñedos, cercos, torres, lagar, terreno, labradores, fiestas, invitados, criados, reses, menta, anís, comino, mosquito, vasos, platos, copas, sepulcros, gallinas, pollitos, higueras, vírgenes, aceite, dinero, banco, pastor, cabras...

En estos elementos tan sencillos, descubrió Jesús lo que Dios le pedía y lo que Dios quería hacer con él y con toda la humanidad. Esta actitud de Jesús ante la vida aparece de una manera sorprendente, en el texto nos habla de la manera como Jesús contempla a la gente que daba limosnas en el templo de Jerusalén:

«Jesús se sentó frente al arca del Tesoro y miraba cómo echaba la gente monedas en el arca del Tesoro: muchos ricos echaban mucho. Llegó también una viuda pobre y echó dos moneditas, o sea, una cuarta parte del as. Entonces, llamando a sus discípulos, les dijo: “Os digo de verdad que esta viuda pobre ha echado más que todos los que echan en el arca del Tesoro. Pues todos han echado de lo que les sobraba, ésta, en cambio, ha echado de lo que necesitaba todo cuanto poseía, todo lo que tenía para vivir” (Mc 12, 41-44)».

No se trata de ver cosas distintas, nuevas, sino de mirar lo mismo, pero con unos ojos nuevos.

«Pero Yaveh dijo a Samuel: “No mires su apariencia ni su gran estatura, pues yo le he descartado. La mirada de Dios no es como la mirada del hombre, pues el hombre mira las apariencias, pero Yahveh mira el corazón” (I Sam 16, 7)».

Esta manera de mirar es lo que caracteriza a los profetas; una mirada que no es propiamente la del turista.

a) *Mirada de aceptación*

Hay que mantener una actitud fundamental de aceptación de la vida; vamos a aprender de ella; no podemos negarla ni tajarla; es fundamental tratar de ver todos los aspectos que influyen en ella; descubrir sus causas, las consecuencias de determinados acontecimientos. Por negativo que parezca en un momento dado un acontecimiento, no por eso debemos negarlo. La vida nos ofrece datos importantes que tenemos que interpretar. Los datos de la realidad por sí mismos no nos dan todo el mensaje; tenemos que interpretarlos con los ojos de Dios.

Las ideas preconcebidas de la realidad nos enneguecen; las cosas no son como deberían ser o como nosotros pensamos que deberían ser, sino como realmente son.

b) *Mirada de fe*

Para los cristianos, Dios se nos revela en la vida misma; es Dios el que va construyendo el mundo, lo va creando y lo quiere salvar. Sin embargo, esto no se descubre de una manera automática o directa. Necesitamos mirar el mundo con ojos de fe; esto es a veces mirar el mundo no como respuestas, sino como preguntas.

Ante la vida siempre cabe preguntarse qué me pide Dios con esto; no tanto sentir la vida como una respuesta de Dios a un comportamiento o a un determinado estilo de vida. La pregunta clave es qué me pide Dios con este acontecimiento concreto de mi vida personal, de la vida comunitaria, del mundo, etc.

La naturaleza obedece a sus propias leyes y Dios no está manipulándolas para hacer daño o para premiarnos; no hace estallar volcanes, ni manda enfermedades. Dios creó el mundo y le dio unas leyes que el hombre ha ido estudiando y aprendiendo a manejar; pero todavía no controlamos del todo esas fuerzas naturales. Donde sí puede intervenir Dios, pero siempre por las buenas, es en nuestra libertad. Desde allí puede cambiar las cosas, puede abrir caminos, puede transformar las realidades.

Mirar la vida con fe es estar convencidos de que Dios trabaja en la historia y puede intervenir en la medida en que nosotros se lo permitimos; parece mentira, pero es así; Dios nunca se impone; Dios propone y señala rumbos, pero nunca se impone; es como un padre que ha formado a su hijo y le da la libertad para que haga lo que vea que es mejor; Dios tiene fe en el hombre, aunque no siempre le respondemos bien.

c) *Mirada múltiple*

La realidad y la vida siempre tiene muchas maneras de mirarse; tendemos a mirarla con una actitud negativa y nos perdemos la mitad de la realidad.

Toda afirmación sobre la vida es susceptible de ser transformada en algo positivo; no se trata de verlo todo color de rosa, cuando se ve claro que las cosas están mal; pero sí se trata de ver por lo menos las dos caras de toda realidad; en una de ellas, muy seguramente vendrá una salida, una llamada, una pregunta, una esperanza.

d) *Mirada atenta a los prejuicios*

Esta actitud es muy difícil; no vemos las cosas como son sino lo que suponemos que debemos ver; estamos llenos de prejuicios y apli-

camos nuestros esquemas para leer la realidad; es imposible desprenderse totalmente de todos los prejuicios, pero por lo menos vale la pena estar atentos a estos prejuicios.

¿Quién no ha pensado alguna vez que lo que le ha pasado de bueno o de malo tenía que ver con su comportamiento moral? ¿Quién no ha atribuido alguna vez un mal a su comportamiento anterior o un bien a sus buenas obras? Dios no está castigando y premiando a la gente por sus obras; los hombres y las mujeres nos ganamos los premios o los castigos solos. No podemos echarle la culpa a Dios de todos los males ni pensar que Dios nos está premiando por portarnos bien.

e) *Mirada de discernimiento*

Mirar la vida con una actitud de discernimiento es saber distinguir una cosa de otra; la vida es como una gran pesca, en la que tenemos que separar lo que nos sirve de lo que no nos sirve, lo bueno de lo malo, lo que vemos como voluntad de Dios, de lo que no es voluntad de Dios; o lo que sencillamente no depende de Dios en términos inmediatos.

2. *Dios Hijo*

La segunda dimensión es muy evidente y no me voy a detener mucho en ella. El encuentro con Dios Hijo acontece a través de su Palabra.

Leer la Biblia es casi una moda hoy día. Pero, ¿cómo se lee? Sabemos que allí se nos revela una verdad de sentido, una verdad teológica y no una verdad científica. Baste recordar el número 12 de la constitución *Dei Verbum*: «Dios habla en la Escritura por medio de hombres y en lenguaje humano, por lo tanto, el intérprete de la Escritura, para conocer lo que Dios quiso comunicarnos, debe estudiar con atención lo que los autores querían decir y Dios quería dar a conocer con dichas palabras.

Para descubrir la intención del autor, hay que tener en cuenta, entre otras cosas, los géneros literarios. Pues la verdad se presenta y se enuncia de modo diverso en obras de diversa índole histórica en libros proféticos o poéticos, o en otros géneros literarios»⁴.

4. CONCILIO VATICANO II, Constitución Dogmática sobre la Divina Revelación (*Dei Verbum*), n. 12.

3. *Dios Espíritu Santo*

La tercera dimensión es construir la comunidad en el Espíritu Santo. No basta mirar la vida y juzgarla desde la Palabra. Es fundamental pasar a la acción.

«No todo el que diga: “Señor, Señor”, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial» (...) «Así pues, todo el que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica, será como el hombre prudente que edificó su casa sobre roca: cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, y embistieron contra aquella casa; pero ella no cayó, porque estaba cimentada sobre la roca. Y todo el que oiga estas palabras mías y no las ponga en práctica, será como el hombre insensato que edificó su casa sobre arena: cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, irrumpieron contra aquella casa y cayó, y fue grande su ruina» (Mt 7, 21. 24-26).

La tercer dimensión, pues, es un paso hacia la acción; y la acción típica que se desprende de las dos dimensiones anteriores, es la construcción de la comunidad; esta es la acción típica del Espíritu Santo. El texto más claro de todo el Nuevo Testamento que se refiere a este proceso de construcción de la comunidad cristiana lo trae San Pablo en su primera Carta a los Corintios:

«Pues del mismo modo que el cuerpo es uno, aunque tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, no obstante su pluralidad, no forman más que un solo cuerpo, así también Cristo. Porque en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo, judíos y griegos, esclavos y libres. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu.

También el cuerpo no se compone de un solo miembro, sino de muchos. Si dijera el pie: “Puesto que no soy mano, yo no soy del cuerpo” ¿dejaría de ser parte del cuerpo por eso? Y si el oído dijera: “Puesto que no soy ojo, no soy del cuerpo” ¿dejaría de ser parte del cuerpo por eso? Si todo el cuerpo fuera ojo ¿dónde quedaría el oído? Y si fuera todo oído ¿dónde el olfato?

Ahora bien, Dios puso cada uno de los miembros en el cuerpo según su voluntad. Si todo fuera un solo miembro ¿dónde quedaría el cuerpo? Ahora bien, muchos son los miembros, más uno el cuerpo. Y no puede el ojo decir a la mano: “¡No te necesito!” Ni la cabeza a los pies: “¡No os necesito!”».

Más bien los miembros del cuerpo que tenemos por más débiles, son indispensables. Y a los que nos parecen los más viles del cuerpo, los rodeamos de mayor honor. Así a nuestras partes deshonestas las vestimos con mayor honestidad. Pues nuestras partes honestas no lo

necesitan. Dios ha formado el cuerpo dando más honor a los miembros que carecían de él, para que no hubiera división alguna en el cuerpo, sino que todos los miembros se preocuparan lo mismo los unos de los otros. Si sufre un miembro, todos los demás sufren con él. Si un miembro es honrado, todos los demás toman parte de su gozo.

Ahora bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y sus miembros cada uno por su parte. Y así los puso Dios en la Iglesia, primeramente como apóstoles; en segundo lugar como profetas; en tercer lugar como maestros; luego, los milagros; luego, el don de las curaciones, de asistencia, de gobierno, diversidad de lenguas. ¿Acaso todos son apóstoles? O ¿todos profetas? ¿Todos maestros? ¿Todos con poder de milagros? ¿Todos con carisma de curaciones? ¿Hablan todos lenguas? ¿Interpretan todos? (I Cor 12, 12-30).

Según este texto, el cuerpo es uno (12, 12.13.20); tiene muchos miembros (12, 12.14.18.20); los miembros son diversos (12, 13.15.16.17.28.29); los miembros están distribuidos según la voluntad de Dios (12, 18.28); los distintos miembros se necesitan unos a otros (12, 21); los miembros más débiles son indispensables (12, 22); los miembros que nos parecen más viles, los rodeamos de mayor honor (12, 23); hay solidaridad entre los miembros, en el sufrimiento y en el gozo (12, 26).

IV. HACIA EL NUEVO MILENIO⁵

Remar mar adentro... en profundidad... para continuar recorriendo en el siglo XXI los caminos siempre nuevos de la santidad. El Santo Padre nos ha dicho que tender a la santidad es la principal respuesta a los desafíos del mundo contemporáneo.

«Un nuevo milenio se abre ante la Iglesia como un océano inmenso en el cual hay que aventurarse, contando con la ayuda de Cristo. El Hijo de Dios, que se encarnó hace dos mil años por amor al hombre, realizar también hoy su obra. Hemos de aguzar la vista para verla y, sobre todo, tener un gran corazón para convertirnos nosotros mismos en sus instrumentos»⁶.

El mar abierto puede referirse a las nuevas dimensiones del espacio en las cuales nos encontramos. El Cosmos se ha vuelto el lugar de trabajo del ser humano, y el Señor Jesucristo debe darle sentido a esta

5. Secretariado General del CELAM, *El tercer milenio como desafío pastoral*, Centro de Publicaciones CELAM (Colección Documentos CELAM, n. 154), Bogotá, 1999.

6. JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, n. 58

empresa, a las intenciones que la guían y a los propósitos que la mueven. Es evidente que no todo camina conforme al Reino de Dios: sobre todo después de esta guerra innecesaria y de los gastos enormes en armamentos y destrucción.

El mar abierto es también la dimensión cultural del Planeta: reconocer el derecho a la existencia de los valores de tantas culturas que deben aceptarse mutuamente y comunicarse no de una manera abstracta en centros de estudio o en bibliotecas, sino entre las personas y las comunidades humanas.

El mar abierto es el pluralismo religioso con el cual nos encontramos en el camino de la evangelización que debe potenciar cada día más el diálogo, la aceptación mutua, la tolerancia y la moderación de los fundamentalismos que tratan de surgir en distintos lugares.

El mar adentro se puede referir a cuestiones y problemas que en los últimos cincuenta años se han vuelto alarmantes. Juan Pablo II afirma que en los orígenes de una auténtica cultura del hombre está la espiritualidad. Se trata de un nuevo programa educativo que la humanidad necesita hoy más que nunca. El Papa los señala en la *Novo millennio ineunte*: la educación para la vida, recuperar el sentido de la ética y del amor, el medio ambiente y la responsabilidad de cada uno frente a él, el desperdicio y la templanza necesaria, la pobreza y la producción de bienes, la deuda externa y la justicia internacional, la solidaridad entre los pueblos, la defensa enérgica de los derechos de los más pobres, la paz, la conciencia, la cooperación para solucionar las grandes plagas sociales etc. Podemos decir entonces que el mar abierto es un conjunto de nuevas realidades y valores que no habíamos contemplado suficientemente a la luz de la redención y que hoy nos llaman a que los asumamos como compromiso y testimonio. Cristo es la realización y el sentido de la creación, el Padre ha hecho de él el corazón del mundo y el Espíritu Santo quiere que todo coopere para el bien.

La invitación a remar mar adentro nos anima a explorar realidades y valores y a insertarlos positivamente en nuestra espiritualidad. Si para zarpar mar adentro con confianza se necesitan algunas direcciones, para navegar en profundidad se nos indican algunas prioridades: Juan Pablo II enumera las siguientes: Caminar desde Cristo; Asumir la Santidad como el ideal y la meta cotidiana; Aprender a orar; Vivir la Liturgia; Aceptar la verdad de la Resurrección de Cristo como el punto básico en que se apoya la fe cristiana; Valorizar el Sacramento de la Reconciliación.

También se nos señalan algunas convicciones para vivir una espiritualidad pastoral: el primado de la Gracia; la fuerza de la santidad;

una espiritualidad de comunión; apostar por la caridad; la opción por los pobres; el papel cada vez más importante de los laicos.

Hay sin duda algunas líneas de fuerza que deberían enfatizarse; pues como dijo recientemente el Cardenal Darío Castrillón, hay mucha diferencia entre navegar o naufragar.

1. *Espiritualidad en tiempos de cibernética*

«Los restos del iluminismo, que todavía siguen influyendo fuertemente en nuestras sociedades, nos han llevado a plantearnos si el único medio para establecer una sana convivencia sería la sociedad secular, dentro de la cual las religiones podrían establecerse sólo en el ámbito privado.

»Entrar en la Web es entrar en un mercado donde, junto a otra mercancía, se ofrece lo que hoy genéricamente se denomina *espiritualidad*. Y esa espiritualidad las más de las veces, se sustenta en un acercamiento puramente psicológico, hoy muy en boga, para convertirse en un recurso casi terapéutico que solamente busca confortar al ser humano.

»Muchas veces, la mercancía que se ofrece son religiones proclamadas por el hombre, no por Dios, no reveladas, o como máximo, alguna iluminación divina condimentada de sentimentalismo y esoterismo para hacerla más atractiva, más vendible.

»Si la mentalidad desacralizante de finales del siglo XIX y comienzos del XX buscaba despertar a las conciencias anestesiadas por la cultura cristiana, ahora nos encontramos con una fuerte tendencia a absorberlas narcotizándolas con la droga de las nuevas espiritualidades que no cuestionan el comportamiento personal, ni las actitudes ante el bien y el mal»⁷.

A este hombre inundado de subjetividad, el mercado religioso *on line* le propone una provocativa producción de *espiritualidad industrial*, una oferta capaz de proveer a su sustento espiritual a través de la personalización de la experiencia divina.

Hoy día se corre el riesgo de que una de las palabras de moda, la *privatización*, se instale en la espiritualidad cristiana. Se pasa de una espiritualidad de la búsqueda de Dios a una espiritualidad *de y para* el ego. Y aquí nos responde el Concilio Vaticano II con la eclesiología de la comunión y por consiguiente, la espiritualidad de la comunión. Juan Pablo II nos llama a hacer de la Iglesia la *casa* y la *escuela* de la comunión.

7. Cardenal Darío CASTRILLÓN, *El fenómeno religioso, la evangelización en la era digital. Congreso Continental sobre Iglesia e informática*, Monterrey (México) 2003, n. 1 (*pro manuscrito*).

Cómo se experimenta la sabiduría de esta llamada frente a los desafíos de la cibernética para la vida cristiana vivida en profundidad.

2. *Espiritualidad misionera*⁸

Si estamos convencidos del peligro que significa la posible «privatización de la espiritualidad», espontáneamente se nos recuerda el mandato misionero que está en los orígenes de la Iglesia fundada por el Señor Jesucristo: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes...» (Mt 28, 19). La misión es constitutiva de la Iglesia y es fuente de profundidad espiritual y camino de santidad. Aún el religioso o la religiosa de clausura en su vida de amor y contemplación pueden ser fecundos misioneros

Sin embargo, la *misionariedad* es una asignatura pendiente para muchas de nuestras Iglesias Particulares. Suelo decirlo muchas veces: la deuda externa de América Latina eclesialmente hablando, es una deuda de misioneros *ad gentes*

Estoy convencido que una espiritualidad para el siglo XXI no puede menos que impulsarnos con el corazón misionero de San Pablo: «Ay de mí si no evangelizo» (I Cor 9, 16) a tratar de pagar en parte esa deuda misionera. La misión será siempre fuente de vida renovada y de fecundidad vocacional.

a) *La Esperanza cristiana*

Son innumerables los miedos que se apoderan de las personas al comienzo de este nuevo milenio. Y esto conduce frecuentemente a la desesperanza.

La globalización ha sido generosa causante de muchos miedos que hacen sufrir a los pueblos: la inseguridad ante el futuro, el desempleo que impide sostener a la familia con dignidad, la corrupción creciente, la impotencia y la incapacidad de los gobiernos para resolver problemas elementales de salud, nutrición y vivienda especialmente en nuestros países de América Latina, el desencanto por las promesas incumplidas y el deterioro imparable de las condiciones de vida. Ustedes podrían añadir los miedos de la sociedad europea, que da la impresión que teme a la vida: a transmitirla y a protegerla⁹.

8. Cfr. JUAN PABLO II, Encíclica *Redemptoris missio*, 1990.

9. Secretariado General del CELAM, *Globalización y nueva evangelización en América Latina y el Caribe*, Centro de Publicaciones CELAM (Colección Documentos CELAM, n. 165), Bogotá 2003.

La globalización, así como presenta muchos signos de desesperanza, puede también contemplarse como un escenario donde se perciben rostros nuevos del Dios que interpela a todos los discípulos del Señor Jesús para solicitarles respuestas creativas y congruentes con las nuevas situaciones.

Estas nuevas respuestas sólo son posibles cuando se vive la convicción de que el Espíritu del Señor, como artífice de la esperanza cristiana, va desplegando su fuerza y su sabiduría en la comunidad que discierne y se compromete en iniciativas que asumen a la persona como el valor supremo de la creación.

Una espiritualidad creadora de esperanza es aquella que al mismo tiempo que hace de la Iglesia un espacio de esperanza, lanza al creyente a un compromiso que le permita trabajar para liberar de los miedos que esclavizan, romper las ataduras de las pobreza humillantes y crear condiciones de promoción humana.

Por eso, una pastoral creadora de esperanza, ha de ser proclamada como componente esencial del cristianismo. Es una fuerza espiritual que sostiene en las luchas cotidianas, sin que se limite únicamente al anuncio de su dimensión escatológica.

Una espiritualidad de la esperanza, se manifiesta en signos concretos, en iniciativas y proyectos humanizadores, en calidad de vida, en rescate de los valores morales, en la promoción de la justicia y en la participación que hace de cada creyente un protagonista de la historia. La espiritualidad cristiana es una vocación a la responsabilidad histórica.

3. *El ecumenismo*

No cabe duda que este es uno de los temas más arraigados en el corazón del Papa, como una asignatura pendiente de la Madre Iglesia, que no es una realidad replegada sobre sí misma, sino permanentemente abierta a la dinámica misionera y ecuménica, «pues ha sido enviada al mundo para anunciar y testimoniar, actualizar y extender el misterio de comunión que la constituye: a reunir a todos y a todo en Cristo; a ser para todos Sacramento inseparable de unidad»¹⁰.

A pesar de las dificultades que podrían desanimarnos, si queremos responder al mandato del Señor en una humanidad herida por divisiones de todo tipo, es indispensable cultivar y fortalecer una au-

10. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Carta *Communio innotio*, 4, en AAS 85 (1993) 840.

téntica espiritualidad ecuménica. «Jesús mismo antes de su Pasión rogó para “que todos sean uno” (Jn 17, 21). Esta unidad, que el Señor dio a su Iglesia y en la cual quiere abrazar a todos, no es accesoria, sino que está en el centro mismo de su obra. No equivale a un atributo secundario de la comunidad de sus discípulos. Pertenece en cambio al ser mismo de la comunidad. Dios quiere la Iglesia porque quiere la unidad y en la unidad se expresa toda la profundidad de su ágape»¹¹.

V. CONCLUSIÓN

«Contemplar el rostro de Cristo y contemplarlo con María, es el “programa” que he indicado a la Iglesia en el alba del tercer milenio, invitándola a remar mar adentro en las aguas de la historia con el entusiasmo de la nueva evangelización». Nos ha dicho el Santo Padre en su reciente carta encíclica *Ecclesia de Eucharistia*¹².

La Virgen María no estaba en la playa ni tampoco en la barca. Pero ciertamente Ella ha acogido más que cualquier otro creyente la invitación del Señor de «remar mar adentro». La ha acogido en su espiritualidad, sin retirarse de la historia, como nos lo atestigua el *Magnificat*, que abraza la historia pasada, presente y futura (Lc 1, 46-55). Pero es sobre todo en el Nacimiento del Señor Jesús que la Virgen María se manifiesta como el modelo de los discípulos llamados a «remar mar adentro hacia lo profundo». Con la Virgen María la navegación en este nuevo milenio aún en medio de tempestades y aparentes naufragios podremos vivir una espiritualidad renovada que nos ayude a llegar a puerto seguro en la barca de la Madre Iglesia.

11. JUAN PABLO II, Encíclica *Ut unum sint*, 1995, n. 9.

12. ID., Encíclica *Ecclesia in Eucharistia*, 2003, n. 6.